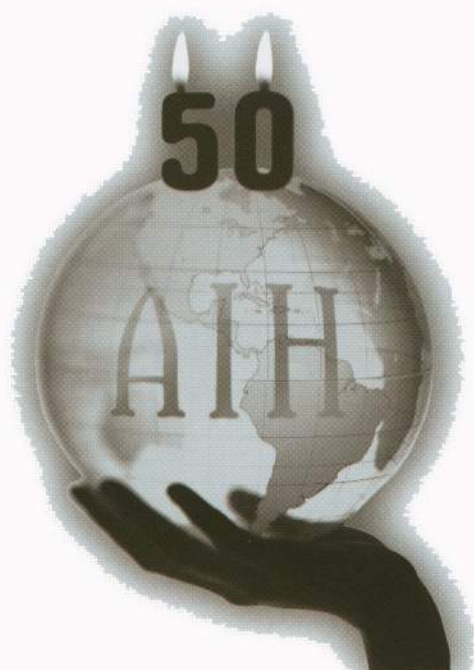


Cincuentenario de la  
Asociación Internacional de Hispanistas

[cursos \\_congresos \\_simposios](#)







***Cincuentenario de la  
Asociación Internacional de Hispanistas***

**A Coruña, del 11 al 13 de diciembre de 2012**

Rocío Barros Roel (ed.)

A Coruña, 2014

Universidade da Coruña  
Servizo de Publicacións

**Cincuentenario de la Asociación Internacional de Hispanistas. A Coruña, del 11 al 13 de diciembre de 2012**

Rocío Barros Roel (ed.)

A Coruña, 2014  
Universidade da Coruña, Servizo de Publicacións

504 páxinas

ISBN: 978-84-9749-595-0

Depósito legal: C 939-2014

Materia: 801.3 Lexicografía; 806.0 Lengua española

Edición: Universidade da Coruña, Servizo de Publicacións  
(<http://www.udc.es/publicaciones>)

© Universidade da Coruña

Distribución:

Galicia: CONSORCIO EDITORIAL GALEGO. Estrada da Estación 70-A, 36818, A Portela. Redondela (Pontevedra). Tel. 986 405 051. Fax: 986 404 935. Correo electrónico: [pedimentos@coegal.com](mailto:pedimentos@coegal.com)

España:

LIBROMARES: Toboso, 117. 28019 Madrid. [pedidos@libromares.com](mailto:pedidos@libromares.com)

PÓRTICO: Muñoz Seca, 6. 50005 Zaragoza. [distribución@porticolibrerias.es](mailto:distribución@porticolibrerias.es)

Deseño da cuberta: Servizo de Publicacións da UDC

Imprime: Lugami

Reservados todos os dereitos. Nin a totalidade nin parte deste libro pode reproducirse ou transmitirse por ningún procedemento electrónico ou mecánico, incluíndo fotocopia, gravación magnética ou calquera almacenamento de información e sistema de recuperación, sen o permiso previo e por escrito das persoas titulares do copyright.

## TABLA

### PRESENTACIÓN

SAGRARIO LÓPEZ POZA Nota preliminar .....	11
--	----

ALDO RUFFINATTO La AIH en su primera cincuentena, mirando hacia el futuro. Discurso inaugural .....	13
--	----

### PRESIDENTES EN EL TIEMPO, MAESTROS MÁS ALLÁ DEL TIEMPO

JOSÉ IGNACIO PÉREZ PASCUAL Ramón Menéndez Pidal, maestro de filólogos.....	23
---	----

JEAN-FRANÇOIS BOTREL Dámaso Alonso, entre maestría y creación.....	41
---	----

AUGUSTIN REDONDO La España erasmista de Marcel Bataillon .....	57
---	----

ISAÍAS LERNER Ángel Rosenblat (1904 - 1984).....	69
---	----

AURORA EGIDO Edward M. Wilson: sentido y sensibilidad crítica .....	73
--	----

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA Rafael Lapesa: la continuidad de un legado.....	89
---	----

MELCHORA ROMANOS Ana María Barrenechea: la primera mujer Presidenta de la AIH.....	99
---	----

ANTONIO CARREÑO La aproximación hermenéutica de Juan López-Morillas a la historia intelectua de finales del siglo XIX.....	111
--	-----

PATRIZIA BOTTA El comparatismo de Franco Meregalli.....	125
--	-----

CARLOS ALVAR Alan D. Deyermond, medievalista.....	139
--	-----

## PONENCIAS

SAGRARIO LÓPEZ POZA Humanidades digitales hispánicas .....	151
HUGO O. BIZZARRI El hispanismo en la senda de la crítica textual.....	161
JOSÉ ROMERA CASTILLO Hispanismo y Semiótica: A Coruña, lugar de encuentros.....	175
DARÍO VILLANUEVA Posmodernidad y Filología .....	187

## COMUNICACIONES

ESPERANZA ACÍN VILLA Los adverbios en <i>-mente</i> en diccionarios actuales del español .....	195
BELÉN ALMEIDA CABREJAS Elementos cotidianos posiblemente usados para caracterizar a presuntos judaizantes en textos literarios y no literarios de los siglos XV y XVI.....	209
MARÍA E. BREVA ISCLA De las <i>Estorias</i> de Alfonso el Sabio a los libros de caballerías. Ovidio, heroínas y cartas.. ..	221
MARÍA BEGOÑA CAMPOS SOUTO Cómo surgen burlas y risas de un penoso trance (desentrañando la anécdota base de ID 2036 “Quantos fuistes y venistes”, de Lope de Sosa).....	233
MARÍA DEL PILAR COUCEIRO Vigencia de los personajes infernales en la literatura medieval y renacentista (III). Caronte y los guardianes del Hades.....	245
NOELIA ESTÉVEZ RIONEGRO Valor semántico y uso de los verbos de cita directa en español. Estudio de corpus.....	259
NAIMA LAMARI Los espacios paternos en algunas comedias de Tirso de Molina .....	269
FRANCISCO LEÓN RIVERO Fermín de Pas o la configuración del personaje escindido en <i>La Regenta</i> , de Clarín .....	279

LAURA LÓPEZ DRUSETTA Notas para el estudio de la figura y la obra de Mosén Moncayo, poeta del <i>Cancionero de Palacio</i> (SA7).....	287
FÁTIMA LÓPEZ PIELOW El auto sacramental y el teatro de vanguardia: Calderón y García Lorca .....	299
PAULA MARTÍNEZ GARCÍA Sarnés, poeta cancioneril del siglo XV: aproximación a su obra y figura .....	309
ROBERTO MAYORAL HERNÁNDEZ La interfaz entre ELE y la lingüística teórica.....	321
NAGWA MEHREZ Perspectiva de la lengua española en Egipto .....	335
CARLOS MIGUEL PUEYO El Hispanismo en cincuenta años: la Lengua tiene la palabra .....	339
LUCÍA MOSQUERA NOVOA ¡Comiença, mi voluntat, a desamar!: estudio de un debate ficticio del <i>Cancionero de Palacio</i> (SA7).....	347
KONSTANTINOS PALEOLOGOS Canon literario y traducción literaria. El caso de la traducción de la literatura española al griego. ....	361
NIEVES PENA SUEIRO Recursos digitales para la investigación en literatura española: la Biblioteca Digital Siglo de Oro.....	373
JESÚS PENSADO FIGUEIRAS En torno a la edición crítica del <i>Libro de los grados de las espeçias</i> <i>e de las yervas</i> .....	385
PATRICIA RIOSALIDO VILLAR La intención de <i>El jinete polaco</i> de Antonio Muñoz Molina: recuperar la memoria histórica.....	399
MARÍA RODRIGO MORA Antonio de Nebrija y las controversias lingüísticas promovidas por Leon Battista Alberti .....	407
MADLINE SUTHERLAND-MEIER La Guerra de Independencia en el escenario: <i>Las comedias patrióticas</i> de Antonio Valladares de Sotomayor .....	419



MAGDALENA SZKWAREK	
Las huellas polacas de Ángel Rosenblat .....	427
JAVIER TOSAR LÓPEZ	
Mosén Juan Marmolejo: una figura desconocida del <i>Cancionero de Palacio</i> (SA7) .....	437
JUAN JOSÉ VARELA TEMBRA	
El alegato satírico en <i>Por donde pasan las ballenas</i> .....	445
ANA VELEIRO	
Aproximación al aspecto léxico de los verbos de cambio: pruebas para determinar su carácter delimitado.....	453
MARÍA BELÉN VILLAR DÍAZ	
Los términos de parentesco en la expresión de la posesión: cuestiones de semántica y sintaxis .....	467

#### COLOFÓN

JOSÉ MONTERO REGUERA	
Isaías Lerner o la elegancia de la Filología.....	483

## Rafael Lapesa: la continuidad de un legado

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA

Universidad Autónoma de Madrid / Real Academia Española

Verano de 1927. Un joven de 19 años se incorpora, llevado por quien ha sido su profesor de Latín en el instituto, a una sala de la Real Academia Española. Se trabaja allí en la preparación de una obra que va a llamarse *Diccionario histórico de la lengua española*. La tarea del joven aprendiz consiste en copiar textos previamente seleccionados que respaldan las definiciones de cada palabra o acepción. Su instructor es un hombre de cierta edad, menudo, que musita sentencias con aire misterioso. Sorprendido de que el alevín de lexicógrafo se atreva a cuestionar, en ocasiones, la adecuación de un texto al significado que se le atribuye, y a proponer otra interpretación, aquel gnomo bondadoso le espeta: «Usted será académico algún día».

Pero la asistencia del joven a aquellas dependencias dura muy poco. En septiembre de ese mismo año otro profesor suyo, en este caso de la universidad, le ofrece un puesto de becario en el Centro de Estudios Históricos (hay una plaza vacante, provocada por el fallecimiento en trágico accidente de un joven y prometedor dialectólogo). El recién licenciado acepta, y al poco está trabajando, a las órdenes nada menos que del director del Centro, en tareas que, casualmente, son también lexicográficas: la elaboración de un glosario de las voces romances presentes en los documentos que sustentan la gran obra de investigación que el maestro acaba de dedicar al momento auroral de la historia del idioma.

Desvelar el elenco de las *dramatis personae* es prácticamente innecesario en unos casos, y no, tal vez, en otros. Empezando por el final: el director del Centro de Estudios Históricos era, naturalmente, don Ramón Menéndez Pidal, que un año antes había publicado *Orígenes del español*. El profesor universitario del joven, don Américo Castro. El malogrado investigador se llamaba Pedro Sánchez Sevilla. Aquel enigmático colaborador del primer *Diccionario histórico* era, en el relato de la anécdota que nos dejó su protagonista, un «señor Bueso» que, si no me equivoco, se llamaba don Agustín Manuel Bueso y Rucabado. El catedrático de Latín —del Instituto madrileño «Cardenal Cisneros»—, y además académico, era don Vicente García de Diego. El joven protagonista era Rafael Lapesa Melgar, que con el tiempo sería, entre otras muchas cosas, Presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas, y merecedor por ello de nuestro recuerdo en este coloquio<sup>1</sup>.

Rafael Lapesa, en efecto, fue elegido Presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas en el Quinto Congreso celebrado por esta, que tuvo lugar en Burdeos en 1974; y ocupó el cargo, como es preceptivo, hasta el siguiente congreso, el de 1977,

---

<sup>1</sup> Véanse Rafael Lapesa, «Acción de gracias», *Homenaje a Rafael Lapesa, Boletín de la Real Academia Española*, LXVIII, 1988, pág. 56; y «Prólogo» a Joaquín Pérez Villanueva, *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pág. 11.

PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA

«Rafael Lapesa: la continuidad de un legado»

*Cincuentenario de la AIH*, A Coruña, 2014, págs. 89-97

que se celebró en Toronto. Anteriormente había sido Vicepresidente de la Asociación durante dos trienios (desde 1965 hasta 1971).

Su figura nos es hoy bastante bien conocida porque hace cuatro años, en 2008, sus muchos discípulos nos volcamos en la conmemoración del centenario de su nacimiento. Hubo una exposición y un congreso a él dedicados en su Valencia natal y otro más que organizó en Madrid la Asociación de Historia de la Lengua Española bajo el patrocinio de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. Antes se había publicado un volumen monográfico de la revista *Philologia Hispalensis* dedicado a su obra. A los frutos impresos de todas esas iniciativas me remito para salvar las muchas carencias que, forzosamente, esta semblanza habrá de tener<sup>2</sup>.

En 1927, pues, a aquel joven licenciado de diecinueve años se lo disputaban sus profesores, uno del instituto (García de Diego) y otro de la universidad (Castro). Finalmente, como hemos dicho, dejó el incipiente trabajo en la Academia, a la que volvería veinte años después, e ingresó en el Centro de Estudios Históricos, a las órdenes de quienes él reconocería siempre como sus maestros, don Ramón Menéndez Pidal y don Américo Castro. La tarea que inicialmente se le encomendó, la elaboración de un glosario léxico que había de constituir el segundo tomo de *Orígenes del español*, a través por tal cantidad de vicisitudes que llegaría a ocuparle, literalmente, toda su vida. Lapesa, por sentido de la fidelidad, mantuvo siempre vivo el proyecto, y trabajó en ese glosario prácticamente hasta el final de sus días. Por fin, y gracias a la intervención, entre otros, de Manuel Seco, pudo ver la luz en 2003 —dos años después de morir don Rafael— una versión no definitiva, con el título de *Léxico hispánico primitivo (siglos VIII al XII). Versión primera del Glosario del primitivo léxico iberorrománico*. No será este el único caso, en la trayectoria biográfica de Lapesa, en que tengamos que evocar la virtud de la *fidelidad*. Una fidelidad entendida no como inmovilismo repetitivo, sino como incitación fecunda.

Lapesa fue catedrático de instituto desde 1930, y desde 1947 lo fue de la Universidad de Madrid. En ese mismo año, 1947, comienza su relación estable con la Academia, pues ingresa por concurso en el Seminario de Lexicografía, recién fundado en ella por don Julio Casares para la elaboración de un nuevo (o segundo) *Diccionario histórico de la lengua española*. Muy pronto, en 1950, Lapesa pasó a ser subdirector de la obra, y, ya académico —desde 1954—, director de ella entre 1969 y 1981. Lo esencial, al margen de la denominación de los cargos desempeñados, es que Lapesa fue durante mucho tiempo el alma de aquella empresa, a la que aportó las señas de identidad de la escuela a la que pertenecía.

Pues Rafael Lapesa fue, en efecto, uno de los más destacados miembros de la en ocasiones denominada Escuela Española de Filología o Escuela de Menéndez Pidal. Como es característico de sus integrantes, cultivó tanto los estudios lingüísticos como los literarios, conciliando en ambos de idéntico modo el rigor erudito y la altura inter-

---

<sup>2</sup> Manuel Ariza (coord.), Rafael Lapesa: su obra. Homenaje a Rafael Lapesa, *Philologia Hispalensis*, XII/2, 1998; Actas del Simposio Internacional «El legado de Rafael Lapesa. Valencia, 1908-Madrid, 2001», Universidad de Valencia, 2008; José Jesús de Bustos y Rafael Cano (eds.), *La obra de Lapesa desde la Filología actual*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2009.

pretativa. No es necesario recordar aquí sus libros magistrales sobre Garcilaso o sobre el marqués de Santillana, o su pedagógica *Introducción a los estudios literarios*. Menos aún lo es referirse a su manual de *Historia de la lengua española*, que llegó a conocer nueve ediciones entre 1942 y 1981 y que durante años y años ha sido el manual de referencia de la disciplina en las universidades de todo el mundo. Lapesa ha sido el gran impulsor entre nosotros de una visión integral de la historia de la lengua española, y, dentro de ella, prácticamente el fundador de los estudios de sintaxis histórica. Acariicó durante toda su vida la idea de publicar un gran tratado sobre ella, con el que habría cubierto el hueco que la ausencia de una parte dedicada a sintaxis había dejado en el *Manual de gramática histórica española* de Menéndez Pidal; pero, aunque parezca mentira —puesto que su vida fue larga—, a Lapesa le faltó tiempo para culminarlo, el mucho tiempo que, con inmensa generosidad, destinó a otras tareas de menor brillo personal. Afortunadamente, dos de sus discípulos, Rafael Cano y M.<sup>a</sup> Teresa Echenique, pudieron reunir, cuando el maestro estaba ya imposibilitado para hacerlo por sí mismo, los dos imprescindibles volúmenes de los *Estudios de morfosintaxis histórica del español* (2000). Disponemos, además, de otros varios volúmenes recopilatorios de estudios de don Rafael, tanto de los dedicados a temas de historia literaria (*De la Edad Media a nuestros días*, *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, *De Ayala a Ayala* y *De Berceo a Jorge Guillén*) como de los lingüísticos (*Estudios de historia lingüística española*, *El español moderno y contemporáneo*, *Léxico e historia*). En cualquier caso, la mejor filología no conoce fronteras tajantes entre lo lingüístico y lo literario, y esa fusión de perspectivas también se produce en la obra lapesiana.

Su libro sin duda más difundido, la *Historia de la lengua española*, tiene una historia que merece ser recordada, y que el propio autor relató en una ocasión. Fueron muy humildes los orígenes de ese manual: en plena guerra civil, don Tomás Navarro Tomás le pidió a Lapesa que escribiera una breve librito de historia de la lengua, casi una cartilla, destinado a una colección titulada «Biblioteca Popular de Cultura y Técnica» que publicaba la editorial Nuestro Pueblo. Era una colección dirigida a la formación de obreros y campesinos, y en ella llegaron a salir, por ejemplo, una ortografía, una sucinta gramática y una *Iniciación en la historia literaria española* debidas, las tres, a don Samuel Gili Gaya. Por arduo que pareciera escribir una historia de la lengua para obreros y campesinos, Lapesa puso manos a la obra, animado por el hecho, nos dice, de que «en medio de la contienda fratricida se me brindaba la ocasión de hacer algo por la España de todos»<sup>3</sup>. «Me daría por contento —escribió entonces— con que sirviera para maestros y bachilleres, aunque procuro hacerlo asequible a mentalidades despiertas, como las de tantos obreros inteligentes y con afán de cultura como hay»<sup>4</sup>. El caso es que la obrita no llegó a estar lista antes de que terminara la guerra, Lapesa se dio cuenta de que rebasaba los límites de la divulgación y finalmente salió en 1942, presentada ahora como manual muy próximo al estudio de lo que en aquel entonces era una asignatura del Bachillerato<sup>5</sup>. Tuvo gran éxito, y conoció, como ya he dicho, muchas reedi-

<sup>3</sup> *Historia de la lengua española*, 8.<sup>a</sup> ed., Madrid, Gredos, 1980, pág. 13.

<sup>4</sup> Esta frase procede de la carta de 1937 a Menéndez Pidal que citamos en nota 7.

<sup>5</sup> En realidad, explica Lapesa, «mi libro no se atenía a ningún plan ni programa de Bachillerato» (a diferencia de lo que ocurría con el de Jaime Oliver Asín, una *Iniciación al estudio de la historia de la lengua*

ciones, a lo largo de las cuales se fue convirtiendo, cada vez más, en un manual de nivel universitario. Y en la 8.<sup>a</sup> edición, de 1980, en que pasó de la editorial Escelicer a la editorial Gredos, el libro creció de manera espectacular. Ahora bien, siempre conservó las dotes de claridad expositiva que caracterizaron a su autor y que en este caso se explican también a la luz de aquellos sus remotos orígenes.

He querido titular estas palabras de hoy con la expresión «la continuidad de un legado» porque este me parece el aspecto más destacable de la figura de don Rafael Lapesa. Dado su profundo sentido de la fidelidad, y la importancia que concedía al espíritu de continuidad con lo recibido —hablo de *continuidad*<sup>6</sup>, no de mero *continuidadismo*—, Lapesa fue el puente más destacado entre la filología de la anteguerra, la que se hacía en el Centro de Estudios Históricos, y la filología de la posguerra hecha en el interior de España. Muchas veces, en sus clases de la Universidad de Madrid, jubilado ya Dámaso Alonso, lejanos y míticos en su exilio Castro, Navarro o Montesinos, relegados a sus institutos Gili Gaya o Fernández Ramírez, pensé en la inmensa suerte que representaba para nosotros tenerle al menos a él, allí mismo, tan a nuestro alcance, tan accesible y cercano como lo estuvo siempre.

Pero es que, además, ese papel de transmisor y aun salvador de un legado se visualiza de modo simbólico y muy elocuente con lo que sabemos de su actuación durante la guerra civil. Lapesa la pasó en Madrid, y fue el encargado de mantener la comunicación entre los restos del Centro de Estudios Históricos, situado en el edificio de Duque de Medinaceli, y la Junta para Ampliación de Estudios, trasladada a Valencia, donde se encontraban don Tomás Navarro Tomás y otros integrantes del Centro. Menéndez Pidal, como se sabe, había salido de España, y don Rafael le escribe a La Habana, el 19 de mayo de 1937, una carta emocionante en que le da cuenta del estado de los trabajos del Centro. Permítanme que lea un par de fragmentos de esa carta:

En diciembre, cuando los brutales bombardeos de la aviación suponían un riesgo para los trabajos del Centro, recogí, ayudado por Vallelado y Rodríguez Castellano unas veces, y otras por los de la FETE, todos los ficheros y originales que corrían más peligro; están en los sótanos, y los más interesantes en una caja blindada. Me permití entrar en el despacho de V. y sacar de los armarios de la estantería todos los materiales que V. tenía allí. Con lo que no me atreví fue con los libros y papeles que estaban sobre la mesa, en espera de hacerlo con quien V. indicase.

Y más adelante:

---

*española* de 1938), pero para acentuar su carácter didáctico «la editorial impuso la añadidura de una breve antología, horra de comentarios y notas» («Historia de una “Historia de la lengua española”», *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, Cáceres, 30 de marzo-4 de abril de 1987*, Madrid, Arco/Libros, 1988, II, pág. 1773). En la segunda edición, de 1950, el autor pudo despojar al manual de la antología, ajena a su propósito inicial. Entre medias había salido a nombre de Lapesa *Formación e historia de la lengua española. Obra aprobada por el Ministerio de Educación Nacional. Adaptación para Cuarto año de Bachillerato*, Madrid, Librería Enrique Prieto, 1943.

<sup>6</sup> Jesús Antonio Cid, «La continuidad creadora: Rafael Lapesa», en J. J. de Bustos y R. Cano (eds.), *La obra de Lapesa desde la Filología actual*, cit., págs. 17-24.

En Madrid hemos pasado de todo. Los horrores de la aviación en noviembre y diciembre, escasez de alimentos en enero y febrero y terrible cañoneo en abril y principios de mayo. Pero vamos viviendo, convenientemente adelgazados, con buen ánimo para soportar todo lo que se nos venga encima. Yo tengo la suerte de poder abstraerme enfrascándome en el trabajo, aunque me es imposible leer con tranquilidad.

Estoy en comunicación constante con Navarro, etc.<sup>7</sup>

No menos significativo es el puente que Lapesa tendió, desde su ingreso, entre la Real Academia Española y el mundo de la investigación filológica. Eran dos ámbitos que su maestro Pidal había contemplado más bien como disjuntos (don Ramón, filológicamente, no esperaba mucho de la Academia), y entre los que Lapesa, siempre integrador, generoso, entusiasta, posibilista, optó por ensayar el maridaje. De hecho, no es exagerado afirmar que si la mejor Filología española del siglo XX (o la Filología, sin más) llegó a entrar en el viejo caserón de Felipe IV fue porque Rafael Lapesa la llevó allí de su mano.

En efecto, don Julio Casares fue un lingüista autodidacto que conocía muy bien la lexicografía extranjera y que concibió el ambicioso proyecto de un diccionario «total», un nuevo *Diccionario histórico de la lengua española* claramente inspirado en el modelo del diccionario inglés de Oxford. Pero sin la intervención de Lapesa el proyecto de Casares no habría podido ponerse en marcha. Con su talante siempre integrador y con su gran capacidad de trabajo, Lapesa fue la persona clave para que el segundo *Diccionario histórico* empezara a materializarse. Una cosa es predicar y otra dar trigo, y gracias a Lapesa la semilla empezó a dar trigo; en exiguas cosechas, es cierto: un lento suceder de pequeños haces, de *fascículos*, precisamente. No se olvide que hablamos de aquella España de las pertinaces sequías... presupuestarias. Y de una calamidad peor que la peor sequía, que es la indiferencia general.

Lo que me importa destacar es la actitud de noble generosidad, y además completamente inmune a cualquier forma de capillismo, que se descubre en el modo en que Lapesa asumió el proyecto del *Diccionario histórico*, un proyecto que ni era originariamente suyo ni procedía tampoco de un mentor o un compañero de escuela, pero en el que descubrió enseguida los rasgos de las empresas que verdaderamente merecen la pena; más aún, de las sencillamente irrenunciables para alcanzar cabal conocimiento nada menos que del devenir histórico, cultural y vital de todo un pueblo. Lapesa, como ya he dicho, aportó al *Diccionario histórico* las señas de identidad de la escuela en que se había formado, y muy en particular una determinante: el rigor filológico. Además, atrajo a la empresa a algunos de los más destacados miembros de esa escuela o continuadores de sus métodos: a Salvador Fernández Ramírez en 1948, a Samuel Gili Gaya en 1952, a Alonso Zamora Vicente y a Carlos Clavería en 1961, y a otros discípulos más jóvenes como Manuel Seco —su sucesor al frente de la obra— en 1962.

Ahí tenemos, pues, dos encomiendas titánicas que Lapesa se echó a la espalda como si tal cosa, sacrificando miles de horas que detrajo de la dedicación a su obra personal:

<sup>7</sup> Se reproduce facsimilamente en *Glosario del primitivo léxico ibero-románico. Proyecto de informatización. Homenaje a Rafael Lapesa en sus noventa años, 8-II-1998*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal, 1998, págs. 21-24.

el *Glosario del primitivo léxico ibero-románico* de don Ramón y el *Diccionario histórico* fundado por Casares. Hubo por cierto otros encargos de menor envergadura que también sacó adelante. Por ejemplo, la *Crestomatía del español medieval*, un viejo proyecto del Centro de Estudios Históricos que no llegó a ver la luz sino en 1965-1966, gracias a Lapesa y María Soledad de Andrés Castellanos, en la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal que se había fundado en la Universidad Complutense de Madrid y dirigía Lapesa.

Y hay todavía otra encomienda emocionante, la que Lapesa recibió, casi *in articulo mortis*, de Amado Alonso, su amigo y «hermano mayor» —como a él le gustaba llamarle—. Veamos cómo la explicó el propio Lapesa en la «Advertencia preliminar» del volumen primero del libro de Alonso *De la pronunciación medieval a la moderna en español*:

En febrero de 1952, presintiendo Amado Alonso que su enfermedad no le permitiría acabar la obra cuyo primer volumen aparece ahora, me encomendó que en tal caso me hiciese cargo de ella y la pusiera en condiciones de publicación. La circunstancia de encontrarme entonces en los Estados Unidos me permitió frecuentar la comunicación con él durante los últimos meses de su vida. Pude así conocer el plan de la obra, el estado en que se hallaban las distintas partes y el pensamiento del autor sobre los capítulos que no había llegado a redactar. Entre marzo y mayo, sobreponiéndose a todo con un esfuerzo ejemplar, dictó Amado Alonso los prólogos y el capítulo II, y dispuso las modificaciones que habían de hacerse al I, IV y VII; el III y el V tenían ya su forma definitiva, salvo un único pasaje del III; también estaban terminados los apéndices correspondientes a la parte escrita<sup>8</sup>.

Amado murió en mayo de 1952, y Lapesa tuvo que afrontar la penosa tarea de poner ese primer tomo en condiciones de ser publicado, lo que finalmente ocurrió en 1955. Mucho más a fondo hubo de emplearse, con la ayuda de María Josefa Canellada, para sacar adelante el segundo, que había quedado en más precario estado y solo pudo ver la luz en 1969. Aún debería haber existido un volumen tercero, pero su publicación fue ya imposible. Con todo, sin el esfuerzo de Lapesa no dispondríamos hoy de las dos entregas de esa obra fundamental para entender el proceso de transformación fonológica del español, culminado a lo largo de los siglos XVI y XVII.

Las varias estancias de Lapesa en universidades norteamericanas nos permiten señalar que nuestro filólogo, gran tendedor de puentes, tendió todavía otro más, este entre el hispanismo de España y el hispanismo de Estados Unidos. Es un aspecto de la biografía de don Rafael que ha destacado una de sus discípulas, Luisa López Grijera<sup>9</sup>. Lapesa ejerció como profesor visitante en distintas universidades de Estados Unidos (Harvard, Princeton, Yale, Pennsylvania, Berkeley y Wisconsin) en varios cursos académicos comprendidos entre 1948 y 1960. Eso propició el reencuentro con algunos de sus maestros y amigos, como Castro, Alonso, Navarro, Salinas, Llorens, y el estrechamiento de lazos con colegas y discípulos norteamericanos, a los que luego, ya en Ma-

<sup>8</sup> *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, ultimado y dispuesto para la imprenta por Rafael Lapesa, Madrid, Gredos, I, 1955, pág. 7.

<sup>9</sup> «El legado de Rafael Lapesa en EE.UU.», en *El legado de Rafael Lapesa. Valencia, 1908-Madrid, 2001*, cit, págs. 63-77.

drid, atendía muy amablemente cuando pasaban por la ciudad. Elías Rivers ha contado, por ejemplo, que fue Lapesa quien le puso en contacto, para la realización de su tesis, con don Antonio Rodríguez Moñino. Juan Marichal, que trató a don Rafael en Princeton en 1948, ha escrito que para él Lapesa fue «un muy considerable refuerzo de mi fe en la continuidad y el porvenir de la España segada por la catástrofe de 1936»<sup>10</sup>.

Un detalle que no debemos omitir de las relaciones de Lapesa con el mundo universitario norteamericano es que algunas de sus estancias temporales allí fueron acompañadas de sustanciosas ofertas para que se quedara. Especialmente tenaces debieron de ser los intentos de Harvard para que sustituyera a Amado Alonso tras su muerte. Pero Lapesa no se dejó tentar, porque era consciente, y sus muchos discípulos españoles nunca lo agradeceremos bastante, de que su verdadero papel como transmisor de un legado estaba en Madrid, y tanto en la universidad como en la Academia Española. Paladinamente lo dice cuando, al recibir por primera vez la invitación de Américo Castro para ir a Estados Unidos en 1948, le escribe a Amado Alonso estas palabras:

No pienso quedarme en América. Mi proyecto es estar ahí hasta septiembre de 1949 todo lo más [...]. Ahora tengo en la Universidad de Madrid un puesto que no quiero perder. Podré vivir con él, podré tener a mano libros y datos; además será donde pueda hacer una labor más útil. [...] Me seduce la idea de contribuir aquí a la continuidad de la gran escuela, a que no se ahogue el espíritu de nuestro Centro de Estudios Históricos [...]. Pero el viaje a América es una experiencia necesaria; yo no he conocido la universidad alemana y, aparte de algunas visitas a París, no he estado fuera de España; necesito, aunque sea a mis cuarenta años, ese asomarme a otros horizontes. Además, ¡he de aprender tantas cosas con Vd. y con Castro! Y sobre todo me atrae pensar en año y medio de estar con los maestros y amigos de siempre<sup>11</sup>.

De su dedicación a la universidad española dan testimonio las docenas de sus discípulos. En cuanto a su dedicación a la Academia, no se limitó a la dirección del Seminario de Lexicografía y del *Diccionario histórico*, que también tuvo su dimensión docente (no se pierdan de vista las conexiones semánticas y etimológicas de la palabra *semi-*

<sup>10</sup> «La ecuanimidad creadora», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 40-41, febrero 2001, pág. 9.

<sup>11</sup> Citado por José-Carlos Mainer, «Un manojo de cartas: el epistolario de Rafael Lapesa a Amado Alonso», en José-Carlos Mainer (ed.), *El Centro de Estudios Históricos (1910) y sus vinculaciones aragonesas (con un homenaje a Rafael Lapesa)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010, pág. 311. Para conocer las intenciones de Lapesa durante aquellos años son también importantes unas palabras que dejó escritas en una semblanza de Américo Castro: «Mi situación profesional en España era muy incómoda. Aunque las sanciones que en 1940 me impuso la comisión depuradora habían sido anuladas tres años después, seguían pesando en el ambiente y dificultaban mi acceso a cátedras universitarias. En 1946, cansado de sentirme en entredicho, pregunté a don Américo si veía posible que me abriera camino en Estados Unidos. Su respuesta fue ofrecerme un puesto de profesor visitante en Princeton, con buenas perspectivas de consolidación ulterior. El asunto se dilató por complicaciones familiares mías y porque salió a oposición una cátedra de Gramática histórica española en la Facultad madrileña. Yo me resistía a concurrir porque en realidad era, con título disfrazado, la cátedra arrebatada a don Américo; pero él me estimuló para que me presentara, y una vez ganada, me repitió el ofrecimiento de enseñar en Princeton durante un año, al fin del cual habría de decidirme por quedarme allí o volver a Madrid. Acepté y llegué con mi mujer a Nueva York el 2 de febrero de 1948, el día hasta entonces más frío del siglo» («Don Américo Castro Quesada (1885-1972)», en *Generaciones y semblanzas de claros varones...*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, págs. 107-108.



nario con las palabras *semilla* y *semillero*). Desde su ingreso en la corporación en 1954 tuvo un papel destacado en otras tareas de la Casa: en las sucesivas ediciones del diccionario común, en la gestación del *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, etc. Muy a su pesar, fue Secretario de la Corporación entre 1964 y 1971, y durante un año, 1988, hizo el sacrificio de aceptar la dirección interina, tras la renuncia de su gran amigo don Pedro Laín. No quiero cansarles ahora con los detalles de toda esa fecunda labor, para los que me permito remitir a las páginas que en varias ocasiones Manuel Seco o yo mismo hemos dedicado a ponerla de relieve.

Jubilado de su cátedra en 1978, aún desplegó una fecunda actividad en los últimos años de su vida. Como ya he dicho, en 1981 hubo de dejar la dirección del Seminario de Lexicografía, debido al estado de salud de su esposa, doña Pilar Lago, que falleció en 1984. Después siguió aportando su saber a la Academia, a la Cátedra-Seminario Ramón Menéndez Pidal, al Colegio Libre de Eméritos —en el que impartió varios cursos—, a la Academia de la Historia —en la que ingresó en 1996—, etcétera. Fundada la Asociación de Historia de la Lengua Española en un congreso celebrado en Cáceres en 1987, don Rafael fue elegido su primer Presidente. También lo era, desde 1983, de la Fundación Menéndez Pidal, establecida en 1985 en la casa del maestro en Chamartín para conservar y prolongar su legado.

Hay un libro de Lapesa que refleja perfectamente su profundo sentido de la fidelidad y de la amistad. Se trata de una colección de retratos de maestros, colegas y amigos, y lleva un donoso título: *Generaciones y semblanzas de claros varones y gentiles damas que ilustraron la Filología hispánica de nuestro siglo*. Por sus páginas desfilan, naturalmente, Menéndez Pidal, Castro, Navarro Tomás, Casares, García de Diego, Gili Gaya, Salinas, Guillén, los dos Alonsos y tantos otros (y alguna dama, como el título anuncia). Pero hoy quería fijarme en otro texto menos conocido de Lapesa, que es también en buena parte una semblanza pero no está incluida en dicho librito por no estar dedicada a un filólogo español sino a un hispanista extranjero. Me refiero al discurso inaugural que Lapesa pronunció en Toronto en agosto de 1977 como Presidente de la Asociación Internacional de Hispanistas. Poco antes había fallecido su amigo Marcel Bataillon, expresidente él mismo de la AIH y por tanto uno de sus Presidentes de Honor. Lapesa decidió convertir su discurso inaugural, prácticamente, en una necrología de Bataillon, y en los rasgos de su personalidad que entonces destacó vemos reflejada la suya propia. Las palabras que Lapesa dedicó al gran estudioso francés bien podríamos aplicárselas nosotros hoy a él mismo:

[Bataillon] —escribió Lapesa— nos dejó además el ejemplo inigualable de su persona. Su noble prestancia física estaba unida a la máxima exigencia moral: era generoso en la alabanza, cortés en la disidencia. El natural apego a las tesis que defendía no le hizo perder nunca el tono mesurado, y el mucho saber no le privó de su exquisita sencillez. Esa sencillez era acaso, junto a la espontánea distinción, el mayor atractivo que ofrecía en su trato aquel hombre excepcional<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> «Discurso inaugural», en Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Toronto del 22 al 26 de agosto de 1977, Universidad de Toronto, 1980, pág. 4b.

Parecen estas palabras un retrato de quien las pronunciaba, de aquel «hombre esencial» que cantó su amigo Jorge Guillén en un hermoso poema que se titula, sencillamente, «Rafael Lapesa» y que no resisto la tentación de leerles parcialmente:

Nada más peregrino  
 que una conciencia simplemente justa.  
 Y no según la gran justicia abstracta,  
 o en actitud preliminar de puro.  
 Una conducta justa por justeza,  
 por precisión, por limpidez, ¡qué rara!  
 Rara entre vozarrones de energúmenos.  
 Este varón cordial  
 se ahínca en su tarea  
 con esfuerzo sin gesto, sin alarde.  
 [...]  
 Atención a papeles  
 Sin cesar se combina  
 Con la atención al prójimo.  
 [...]  
 Baraúnda de siglos  
 aún supervivientes  
 rodea a este varón  
 sin quebrar su silencio laborioso,  
 estímulo de un aula.  
 Y con su firme temple de sonrisa  
 — «Hombre esencial», dijeron los antiguos—,  
 estudiando palabras y poemas  
 es el docto en su quid:  
 Ninguno más humano.  
 Con linterna a lo Diógenes  
 buscad sus pares, pocos<sup>13</sup>.

Don Rafael Lapesa falleció en Madrid el 1.º de febrero de 2001, justo una semana antes del día en que habría cumplido los 93 años. Su biblioteca y su archivo personal, su *legado* científico, pasaron a la Biblioteca Valenciana instalada en el antiguo monasterio de San Miguel de los Reyes, y allí se encuentran perfectamente catalogados a disposición de los investigadores.

---

<sup>13</sup> *Studia hispanica in honorem R. Lapesa*, Madrid, Gredos, 1972, I, págs. 9-10.

